

de las dificultades a las que hemos apuntado: ¿hay acaso en la historia de la filosofía algún libro más liberador que el *Tractatus Logico-Philosophicus*?

La Paradoja del *Tractatus* y la Naturaleza de la Filosofía

1) El *Tractatus* y la filosofía

Es claro, por lo que hemos venido exponiendo y por imperfecta que hubiera sido nuestra exposición, que lo que encontramos en el *Tractatus* es un pensamiento sólido, profundo, contundente y brillante. A 90 años de distancia y teniendo detrás medio siglo de exégesis y discusiones acerca de su contenido, no es nada fácil apuntar en él a errores, de la clase que sean: de planteamiento, de formulación, de orden expositivo. Es un reto para el más avezado de los filósofos profesionales señalar en el libro huecos explicativos, intuiciones abiertamente erróneas, inconsistencias flagrantes. De hecho, si estuviéramos examinando un cuerpo de proposiciones filosóficas convencionales, lo que habría que decir es que el contenido del libro constituye un sistema filosófico perfecto, a primera vista por lo menos. Esto último, sin embargo, sería abiertamente equívoco o engañoso, porque independientemente de si podemos caracterizar con suficiente claridad o no la clase de afirmaciones que Wittgenstein hace, de lo que sí podemos estar seguros es de que el *Tractatus* no contiene ninguna "doctrina" filosófica, no toma cuerpo en ningún "sistema filosófico", en el sentido usual de la expresión. Como nos hemos esforzado por dejar en claro a lo largo y ancho de este escrito, en el *Tractatus* simplemente **no hay tesis filosóficas**. Más aún: hasta podría decirse que Wittgenstein le declara la guerra a la filosofía convencional y muy en especial, aunque no únicamente, a la metafísica. Estamos concientes, sin embargo, de que afirmaciones como estas siempre han dejado perplejos a los lectores del *Tractatus*, porque ¿no es acaso obvio que Wittgenstein se ocupa de temas eminentemente filosóficos y que lo que tiene que decir les parece a los filósofos tradicionales no sólo significativo, sino original, verdadero y convincente? Es evidente, por ejemplo, que el contenido del libro no es científico, que no hay

un solo resultado científico en su libro. Parecería seguirse que entonces su campo de investigación forzosamente es la filosofía. Sin embargo, Wittgenstein nunca habría aceptado que lo que él hace es filosofía, en el sentido tradicional de la expresión. Como muy probablemente él sabía bien lo que sostenía, debe de ser factible trazar la distinción entre tesis filosóficas usuales y "elucidaciones" wittgensteinianas. Nuestra misión en este capítulo, por consiguiente, habrá parcialmente de consistir en sacar a la luz y explicar dichas diferencias. Por otra parte, sin embargo, hay una dificultad, quizá letal, que corroe al libro y se trata de una cuestión que está directamente vinculada con el tema de la naturaleza o las peculiaridades de las proposiciones wittgensteinianas. Es, pues, aconsejable, que antes de intentar determinar en qué consiste el avance que con Wittgenstein se efectúa respecto a lo que es nuestra comprensión de la filosofía, rastremos y tratemos de dar cuenta del único gran problema interno del *Tractatus*, una dificultad que de no ser resuelta constituiría la bancarrota de su filosofía.

II) La paradoja

Es evidente de suyo que el contenido del libro que aquí nos ha absorbido es, aunque atractivo, polémico y hemos apuntado en diversas ocasiones a lo que podría ser visto como debilidades en él. Pero una cosa es ser cuestionable o debatible y otra estar internamente viciado por alguna clase de tensión o inclusive de contradicción que, en caso de ser real e insuperable, simplemente echaría por tierra todo el hermoso edificio hasta entonces construido. Ahora bien, es interesante observar que el primero en indicar que efectivamente hay un problema así es el propio Wittgenstein. En realidad, él sostiene en su libro dos cosas que son totalmente incompatibles y, por lo tanto, resulta imposible no desprenderse de por lo menos una de las dos. Las afirmaciones en cuestión son:

1) "Por otra parte, la *verdad* de los pensamientos aquí comunicados me parece intocable y definitiva. Soy, pues, de la opinión de que, en lo esencial, los problemas quedaron finalmente resueltos".¹

1 L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (London: Routledge and Kegan Paul, 1974), Prólogo.

2) "Mis proposiciones son elucidatorias de este modo: quien me comprende termina por reconocer que son insentidos, si las usó para, a través de ellas, salir de ellas. (Por así decirlo, tiene que tirar la escalera después de haber subido por ella).

Tiene que superar estas proposiciones y entonces ve el mundo correctamente".²

Lo que se afirma en el *Prólogo* es transparente, por lo que no acarrea ningún problema de comprensión, pero fijémonos un momento en lo que Wittgenstein está aseverando en 6.54, porque lo que afirma es realmente digno de ser captado en toda su fuerza y con todas sus implicaciones: nos está diciendo que a pesar de que son verdaderas, sus proposiciones son insentidos, absurdos. Pero esto parece una broma, porque ¿cómo podría un insentido ser verdadero, cómo podría un absurdo transmitir un pensamiento verdadero? Si algo es un insentido, entonces ya no es ni verdadero ni falso. Aquí hay un problema y serio.

Con una gran agudeza, Russell rápidamente detecta la dificultad en la que se encuentra Wittgenstein y sin mayores ambages lo enuncia en su "Introducción": "Lo que causa el titubeo es el hecho de que, después de todo, el Sr. Wittgenstein se las arregla para decir un buen número de cosas acerca de lo que no se puede decir, sugiriéndole así al lector escéptico el que posiblemente haya una escapatatoria a través de una jerarquía de lenguajes, o mediante alguna otra salida. Todo el tema de la ética, por ejemplo, es colocado por el Sr. Wittgenstein en la región mística e inexpressable. No obstante, él resulta capaz de transmitir sus opiniones éticas. Su defensa sería que lo que él llama lo místico se puede mostrar, aunque no se pueda decir. Pudiera ser que esta defensa fuera adecuada pero, por mi parte, confieso que me deja con un cierto sentido de incomodidad intelectual".³ En lo que al punto fundamental atañe, a saber, que Wittgenstein viola las reglas de la sintaxis lógica que él mismo enuncia, lo que Russell afirma es simplemente inobjetable, pero en relación con las otras cosas que dice se puede sostener que está totalmente equivocado. No voy a entrar en los detalles de esta discusión, puesto que ello nos llevaría inevitablemente por otros

2 *Ibid.*, 6.54.

3 B. Russell, "Introducción" en *Tractatus* (no doy la paginación, dado mi traducción no ha sido editada).

derrotos, pero sí quisiera rápidamente dejar asentado que se puede demostrar que Russell está totalmente equivocado al pensar que la solución a la paradoja del *Tractatus* es algo así como la Teoría de los Tipos, explícitamente repudiada en el libro; y, en segundo lugar, es totalmente falso que Wittgenstein transmita sus "opiniones éticas". Él ciertamente hace aclaraciones acerca de la lógica del lenguaje moral y extrae de ellas algunas consecuencias, pero lo que afirma no son "opiniones éticas". Es muy importante entender que en el fondo a lo que Russell se opone es ante todo a la doctrina de los límites del lenguaje. Sorprendentemente, sin embargo, Russell no parece percatarse de que se trata de una cuestión particularmente compleja y de primera importancia, ni parece tener presente que dicha problemática brotó de la obra de Frege.⁴ Más extraño aún, Russell no alude al hecho de que para Wittgenstein dicha problemática se plantea no sólo en relación con la ética y la estética, sino también en relación con la filosofía del lenguaje y de la lógica, una filosofía que él mismo parece en gran medida aceptar. Lo que Russell dice, por lo tanto, aunque revela perspicacia no basta para explicar cómo surge el problema y es por eso que lo que propone como "hipótesis", *viz.*, la de una jerarquía de lenguajes, es una propuesta completamente desencaminada. De manera que en relación con el tema del problema interno del *Tractatus*, a saber, el conflicto entre la verdad y el carácter absurdo de sus aseveraciones, Russell no es de gran ayuda.

Planteado de manera brutal, nuestro problema es: a final de cuentas: ¿es el *Tractatus* contradictorio o lo es sólo aparentemente? A mí me parece que el primer paso en la dirección de la resolución del problema consiste en la comprensión de su génesis, es decir, necesitamos un diagnóstico certero de su gestación. La cuestión es: ¿de dónde proviene, cómo y por qué surge el problema? Yo creo que la situación es relativamente clara y simple. El conflicto tiene que ver con las concepciones de la lógica y del lenguaje por la que Wittgenstein aboga. Lo que sucede es que, como hemos visto, Wittgenstein defiende una posición estrictamente universalista de la lógica. De hecho, él expresamente lo dice: "La lógica permea el mundo; los límites del mundo son también sus límites".⁵ Esta afir-

4 A pesar de haberla examinado críticamente en su obra *Los Principios de las Matemáticas*, en el "Apéndice" dedicado a los escritos lógicos y filosóficos de G. Frege.

5 L. Wittgenstein, *Tractatus*, 5.61 (a).

mación por sí sola avala o respalda nuestra interpretación global del libro, pero independientemente de ello en lo que tenemos que fijarnos es en las implicaciones de dicho *dictum*. Todo, absolutamente todo, está sometido a las leyes de la lógica, puesto que "todo" es lo que es en la medida en que queda recogido en el lenguaje y el lenguaje está estructurado lógicamente. No hay, pues, nada en lo que podamos pensar que no esté regido por las leyes de la lógica. El problema con esto es que se aplica por igual al lenguaje y eso es un problema porque Wittgenstein aspira mediante sus elucidaciones, que son oraciones del lenguaje natural, a enunciar los requerimientos lógicos del lenguaje! El problema radica en que al enunciar dichas leyes automáticamente se les viola. Por lo tanto, lo que Wittgenstein afirma es, de acuerdo con su propia teoría, sencillamente absurdo. Por ejemplo, bien pudiera ser que toda proposición genuina sea un retrato de un hecho posible, pero ¿de qué hecho es un retrato la proposición de que toda proposición es un retrato de un hecho posible? Si dicha ley del lenguaje es válida, entonces afirmar dicha ley tiene lógicamente que ser un sinsentido, puesto que por medio de ella no se está describiendo ningún hecho, ninguna situación, ningún estado de cosas. Por decirlo de alguna manera, ella es un contra-ejemplo de sí misma. Por lo tanto, no puede ser otra cosa que una pseudo-proposición. Obviamente, las leyes de la sintaxis lógica valen, si valen, para todo lenguaje posible, pero entonces valen también para el lenguaje en el que Wittgenstein las enuncia, sea el que sea. Pero si ello es así, entonces hay algo más universal que la lógica misma, a saber, el lenguaje. Y es aquí que surge el problema: algo que supuestamente cae bajo el alcance de la lógica atrapa a la lógica en sus redes. Por consiguiente, o la lógica no es lo más universal que hay (lo cual significa la degradación de la lógica y, por ende, la descomposición de la filosofía del *Tractatus*) o efectivamente lo que Wittgenstein afirma son sinsentidos, pero entonces su potencial verdad se desvanece por completo, puesto que con sinsentidos, por brillantes que sean, no se esclarece nada.

Estoy persuadido de que nuestro diagnóstico, aunque no hayamos rebasado el nivel de un mero esbozo, efectivamente arroja luz sobre la naturaleza de la dificultad, puesto que indica en qué dirección habría que moverse para intentar salir del atolladero. La teoría lógica del lenguaje, esto es, la Teoría Pictórica, puede o no ser falsa, pero lo que en definitiva es erróneo es el orden en las jerar-

quías. La lección es simple: la lógica no puede ser más amplia o universal que el lenguaje, el cual realmente es el *medium* universal por excelencia. Por consiguiente, se tiene que dar cuenta de ella de otro modo y por lo pronto no tomarla como la plataforma fundamental para todo. Claramente, fue en esta dirección que se fue moviendo Wittgenstein, para quien la lógica terminó siendo concebida como no otra cosa que una pluralidad de cálculos, perdiendo así su *status* de estructura interna del mundo, del pensamiento y del lenguaje. Naturalmente, un cambio así no podía significar tarde o temprano más que el abandono *in toto* de la filosofía del *Tractatus*, que fue lo que de hecho pasó.

Independientemente de lo anterior, lo que también queda claro es que la vía de solución por la que se adentra Wittgenstein en su libro, a saber, la vía del silencio, es inaceptable. Conocemos y tenemos presente la última proposición del libro, *i.e.*, "Sobre lo que no se puede hablar se debe guardar silencio"⁶ pero es evidente que no se guardando silencio como se supera una contradicción o se resuelve un dilema. La estrategia que Wittgenstein propone, y que muchos comentaristas han aceptado, de usar las proposiciones del *Tractatus* y luego desecharlas, es declaradamente ilegítima. Sería como si alguien recomendara cometer un crimen para posteriormente realizar una acción laudable, la cual tendría como efecto que se borrara el carácter criminal de la acción original. Eso sencillamente no es viable. No tiene caso tratar de salvar la teoría lógica del lenguaje inventando una clasificación de sentidos, algunos de los cuales serían elucidatorios en tanto que contrapuestos a los que serían esenciales o intrínsecamente absurdos. Esa vía está *a priori* destinada al fracaso.⁷ De paso, me parece pertinente señalar que sólo podría defender la estrategia del silencio, de la escalera que tiramos después de haber subido por ella, etc., quien efectivamente haga

6 *Ibid.*, 7.

7 F. P. Ramsey, por ejemplo, prácticamente se burla de esta forma de proceder y acusa a Wittgenstein de inconsistencia y de querer silbar lo que no se puede decir. Véase su reseña del *Tractatus* (la segunda, si tomamos la *Introducción* de Russell como la primera). "Review of 'Tractatus'" en *Essays on Wittgenstein's Tractatus*. Editado por I. Copi y R. W. Beard (London: Routledge and Kegan Paul, 1966). Recomiendo también la lectura de mi ensayo "El *Tractatus* y los Límites de la Significatividad" en *Wittgenstein en Español*. Editado por Silvia Rivera y Alejandro Tomasini (Buenos Aires: Universidad Nacional de Lanús, 2009).

suya a la Teoría Pictórica. Es sólo en ese caso que tiene sentido dicha defensa. Aquí el problema es que hay muchos filósofos que insisten en defender la doctrina de los sinsentidos elucidatorios y la estrategia del silencio *sin* hacer suya las concepciones de la lógica y del lenguaje que les subyacen. Esto es, si vale la expresión, todavía más absurdo. Por último, es claro que tampoco se resuelve la paradoja del *Tractatus* mediante una teoría de tipos, que es lo que Russell sugiere (algo con lo que lógicos como Zermelo, Tarski y otros habrían estado encantados). La verdad es que la medicina que en este caso se requiere es, por decirlo metafóricamente, cirugía mayor, esto es, lo que se necesita es una nueva y completamente diferente concepción de la lógica, del lenguaje y de la realidad, así como de las relaciones que los unen. Muy en especial, lo que tiene que abandonarse por completo y definitivamente es la concepción absolutista y universalista de la lógica. Naturalmente, habrá que esperar a la filosofía del Wittgenstein de la madurez para realmente superar de una vez por todas esta perspectiva así como la insostenible tensión que, derivada de ella, sacude al *Tractatus*.

Está involucrada en toda esta discusión algo que mencionamos al principio de este capítulo, a saber, el decidido distanciamiento que con Wittgenstein se efectúa respecto de la filosofía tradicional. Es evidente que en cualquier reconstrucción seria de las posiciones del *Tractatus* se tiene que proporcionar una aclaración que constituya una explicación alternativa real a la idea de que a final de cuentas lo que él hace es de todos modos filosofía, filosofía *simplificiter*. Por lo pronto ya vimos que por lo menos él se ve a sí mismo haciendo otra cosa que ofreciendo nuevas tesis filosóficas, por sugerentes, seductoras o convincentes que nos parezcan. O sea, Wittgenstein se quejaría de incompreensión total si afirmáramos que de todos modos, a final de cuentas, en última instancia lo que él hace es hacer filosofía, debatir en un mismo plano, al modo usual, con los filósofos tradicionales. Pero la verdad es más bien que Wittgenstein se ve a sí mismo como ofreciendo un diagnóstico preciso de por qué los problemas filosóficos son espurios, meros pseudo-problemas y por consiguiente por qué las discusiones filosóficas son debates *sin* sentido. Afirma: "La mayoría de las proposiciones y cuestiones que se han escrito sobre temas filosóficos no son falsas, sino sinsentidos. Por consiguiente, no hay forma de que podamos responder a cuestiones de esta clase, sino solamente señalar su carencia de sentido."

La mayoría de las cuestiones y proposiciones de los filósofos surgen porque no comprendemos la lógica de nuestro lenguaje. (Es de esta clase de preguntas la de si lo bueno es más o menos idéntico a lo bello).

No hay que sorprenderse de que los problemas más profundos no sean realmente *ningún problema*.⁸ O sea, todas esos excitantes temas, con más de 2500 años de existencia, como la naturaleza del mundo, la esencia del bien, la existencia de Dios, la esencia del conocimiento, la realidad de los números, etc., etc., que han dado lugar a las discusiones más acaloradas y más duraderas, temas casi sacrosantos, no son sino el resultado de incomprendiones de la lógica de nuestro lenguaje. La explicación de esto, que salta a la vista, es simplemente que las proposiciones filosóficas no son genuinos retratos, es decir, no son auténticas proposiciones. Examinadas desde la perspectiva de la gramática superficial son obviamente inobjetables, pero lógicamente son sinsentidos, puesto que se componen de por lo menos una expresión que carece de significado y que por lo tanto no es un genuino nombre. Por lo tanto, las proposiciones filosóficas, estrictamente hablando, es decir, desde un punto de vista lógico, **no dicen nada**. Pero, dejando de lado por el momento la cuestión de si tiene razón o no, si esto es en efecto lo que Wittgenstein sostiene, lo que de todos modos sí podemos afirmar es que lo más absurdo que podría hacerse sería atribuirle intenciones filosóficas, interpretarlo como produciendo la misma clase de discurso que el de la filosofía convencional. Nosotros nos hemos guardado de incurrir en semejante error. ¿Tiene algún sentido ver en Wittgenstein a alguien que combate la filosofía con más filosofía? Confieso que me rehúso a ver en el *Tractatus* un texto tan abiertamente contradictorio como el que se presupone en una lectura como esa.

Podría pensarse que a estas alturas las diferencias entre las proposiciones filosóficas y las elucidaciones wittgensteinianas nos resultarían ya más o menos comprensibles. Desafortunadamente, el asunto no es tan simple. Así como las tesis filosóficas comunes son aseveraciones que presentan todas las apariencias de proposiciones científicas cuando en realidad no lo son, así también las apa-

riencias pueden engañarnos y hacernos pensar que las elucidaciones tractarianas son proposiciones filosóficas usuales, cuando en realidad son otra cosa, a saber, aclaraciones referentes a la lógica de aquello que se examine (el lenguaje, la realidad, etc.). Esta similitud superficial explica por qué multitud de intérpretes y exégetas de Wittgenstein no han podido evitar leer sus afirmaciones como tesis filosóficas tradicionales, si bien quizá más convincentes o más profundas que las de otros filósofos (más claras, más explicativas, etc.). Nosotros sabemos que esa identificación tiene que ser un error, pero ¿cómo exhibimos la diferencia en cuestión? Es obvio que la diferencia no puede ser de signos, puesto que en ambos casos se usan oraciones normales y gramaticalmente no hay ninguna diferencia esencial entre las oraciones filosóficas estándar y las oraciones del *Tractatus*. La diferencia tiene entonces que provenir de otra clase de consideraciones. No puede ser temática, puesto que en ambos casos de habla de lo mismo (el lenguaje, el mundo, la vida buena, etc.). Empero, la diferencia sí puede estar en los diversos roles proposicionales y en los objetivos que persiguen quienes las formulan. En estos contextos sí se manifiestan las diferencias que valen entre esas dos clases de afirmaciones. Así, por ejemplo, por medio de las proposiciones filosóficas tradicionales se aspira a construir sistemas de verdades referentes a la realidad, a pronunciarse sobre las esencias de las cosas, a proponer osadas hipótesis acerca de temas cerrados a la ciencia, etc., en tanto que por medio de sus elucidaciones Wittgenstein pretende dar expresión a los rasgos lógicos de su tema y a través de dicha enunciación desmantelar los problemas filosóficos que en torno a dicho tema hubieran surgido. En la tradición, las proposiciones filosóficas son tenidas como verdaderas o falsas en el mismo sentido en que pueden serlo las proposiciones científicas, en tanto que las elucidaciones a la Wittgenstein tienen como objetivo mostrar que las proposiciones filosóficas nunca debieron haber sido formuladas, que las tesis filosóficas son sinsentidos, por lo que ni siquiera se les puede discutir, dado que no son ni verdaderas ni falsas. Pero además, y esto muy importante, esas diferencias se inscriben dentro de una concepción en la que a la filosofía se le asigna una misión completamente diferente que la que se le reconocía en el pasado. Lejos de constituirse en sistemas de supuestas verdades sobre la mente, la materia, las entidades matemáticas, etc., para Wittgenstein la filosofía no tiene otro objetivo que la aclaración de nuestros pensamientos. Con él la

8 *Ibid.*, 4.003. Vale la pena notar, *en passant*, la alusión a Moore sobre lo bueno y lo bello como un caso más de discusiones y aseveraciones sin sentido.

filosofía se vuelve una actividad y deja de ser especulación y teorización pseudo-científica. "El objetivo de la filosofía es la aclaración lógica del pensamiento.

La filosofía no es una doctrina, sino más bien una actividad. Una obra de filosofía se compone esencialmente de elucidaciones. El resultado de la filosofía no son 'proposiciones filosóficas', sino el esclarecimiento de las proposiciones.

La filosofía debería aclarar y delimitar con precisión los pensamientos que de otro modo serían oscuros y confusos".⁹ En verdad, la asimilación al discurso filosófico común de las elucidaciones wittgensteinianas revela una confusión mayúscula y una incomprensión total.

Dada la tensión interna al *Tractatus*, los problemas implícitos o latentes de su filosofía no podían tardar mucho en aflorar. Así, muy pronto, por así decirlo, le estallaron a Wittgenstein en las manos graves (por no decir 'insolubles') dificultades relacionadas con temas tan variados como las proposiciones atómicas, las proposiciones sobre colores, la idea de forma lógica, la teoría del significado, la naturaleza de los estados mentales, la existencia del "yo" y así indefinidamente. A pasos pero rápidamente, la filosofía del *Tractatus* fue quedando desmantelada, descuartizada, hasta que en las *Investigaciones Filosóficas* Wittgenstein acabó por completo con ella. No obstante, hay algo muy importante sobre lo cual es preciso llamar la atención. Por una parte, es cierto que prácticamente el todo de la primera filosofía de Wittgenstein fue destruido por la titánica labor filosófica del así llamado 'segundo Wittgenstein': se dejó de favorecer el enfoque puramente formal del lenguaje en beneficio de uno de carácter praxiológico, se revirtieron las prioridades que de las que había brotado la paradoja del *Tractatus*, se sustituyeron las antiguas categorías ("forma pictórica", "hecho simple", "retrato" y demás) por un conjunto de categorías nuevas ("juegos de lenguaje", "formas de vida", "ver como", "criterio", etc.), se remplazó el método de búsqueda de falta de asignación por el de descripción de la aplicación de las palabras, etc. Sin embargo, por la otra, a pesar de todos esos cambios, y muchos otros que podrían mencionarse, una cosa permaneció incólume: la convicción de que la filosofía tradicional es el resultado de incomprensiones de alguna índole, que se trata de una especie de fraude

intelectual, que es una disciplina en última instancia nociva. En su segunda fase, Wittgenstein logró mantener su repudio de las tesis filosóficas, pero sin caer en la paradoja de la que no se había podido librar en el *Tractatus*. Él, en todo caso, estaba convencido de que su nuevo modo de pensar generaba proposiciones elucidatorias, diferentes de las proposiciones filosóficas comunes, pero no absurdas, como las de su primer libro. Llamó a las suyas 'proposiciones gramaticales'. Esta continuidad de la idea de la filosofía tradicional como algo esencialmente confuso, erróneo e impráctico refuerza nuestra convicción de que la idea de que en el *Tractatus* Wittgenstein hubiera podido estar ofreciendo una ontología, una teoría del lenguaje, una doctrina ética, una concepción de los números, etc., es decir, algo así como un sistema filosófico, en el sentido convencional de la expresión, no puede ser más que el producto de una lectura totalmente errada, de incomprensión total, una de cuyas consecuencias muy probablemente sea impedir que el libro logre su objetivo, que no era otro que el de "dar satisfacción a quien lo leyó comprendiéndolo".¹⁰

⁹ L. Wittgenstein, *Tractatus*, 4.112

¹⁰ *Ibid*, Prólogo.